

LA PERSONALIDAD DE DANTE

POR

FRANCO MEREGALLI

I

Se me antoja que, frente a las grandes personalidades, como frente a todo otro valor, hay tres actitudes posibles: la de los que comprenden; la de los que confiesan que no comprenden; y, por fin, la de los que, aunque no comprenden, se ilusionan o fingen que comprenden.

Quien se toma el trabajo de ilustrar a los demás sobre una de estas personalidades, claro está que debería ante todo comprenderla él mismo, pero yo no me atrevo a decir que comprendo la personalidad de Dante, cuando se entienda el comprender en su sentido etimológico.

Diré tan sólo que, como la vida no soporta esquemas, yo pertenezco al mismo tiempo a la categoría de los que comprenden y a la categoría de los que no comprenden a Dante. Esto lo experimento siempre que, releyendo un canto del poema, llego a comprender algo que antes no había comprendido. De lo que se puede deducir, por una parte, que algo comprendí, y estoy comprendiendo; por otra, que hay todavía algo, o mucho, que queda sin comprender. Sólo querría poder decir que, cuando no com-

prendo, no finjo ni trato de ilusionarme de que comprendo, sino que me esfuerzo por vencer esta incomprensión y, también, que lo que diré es el resultado de tal esfuerzo.

Desde que el Romanticismo alemán estableció el «canon» de la literatura europea, poniendo en el panteón de los genios, como por una cierta justicia distributiva, un numen para cada nación, Dante se considera uno de los más grandes poetas de la humanidad. Todos lo consideran así, y muchos piensan que así cumplieron con su deber frente a él. Pero, aunque reconocer la grandeza de los grandes es un deber, lo que más importa es comprender que frente a ellos no somos sólo deudores de homenajes, sino también, y en mayor grado, somos herederos. Sus obras son una riqueza nuestra, son minas de experiencias que podemos explotar.

No tiene ninguna utilidad el solo homenaje de adjetivos y de epítetos. Catalogar a Dante de «grandísimo» reporta un provecho menor que manifestar la propia incomprensión, y desde luego, comprendían mejor a Dante Voltaire y su amigo Saverio Bettinelli, que en la «Divina Comedia» no encontraban sino unos aciertos esparcidos en una mar de zafiedad, que los que ahora se escandalizan convencionalmente por su osadía. Tampoco comprendían a Dante los que, sobre todo en el siglo pasado, aprovecharon su nombre para hacer gala a su costa de una erudición cuya utilidad ni ellos mismos comprendían. No hay que confundir la enorme y necia producción de los epigonos de la erudición, fruto del consabido mimetismo humano, con la de los maestros de la crítica positivista. Pero, en general, toda la época positivista tenía que ver a la fuerza, en cualquiera personalidad, sólo un acervo de los factores del ambiente. Como en la filosofía positivista se echaba de menos el espíritu, en la crítica positivista faltaba la personalidad.

El idealismo de Croce, reaccionando ante este error, buscó en Dante lo que estuviera más libre del factor ambiente, lo que fuera, más allá del ambiente histórico, la quintaesencia poética, es decir extra-histórica, de Dante. La reacción fué saludable, si bien Croce no logró decirnos, cerca de la poesía de Dante, más de lo que ya

nos dice su maestro Francesco De Sanctis. Pero hay que reparar en que el aislamiento de los valores de la poesía en los otros aspectos de la vida agosta la misma crítica de la poesía.

Una crítica que quiere cumplir con la función que le compete en la vida, esto es, guiar a la comprensión y a la valoración del pasado, para que sirvan como alimento a los hombres presentes, tiene sobre todo que aspirar a la comprensión de las personalidades en concreto, es decir, en sus múltiples expresiones.

Por esto la crítica nunca puede ser exclusivamente filosófica, o literaria, o musical, o visiva, sino que debe ser ante todo una crítica de la personalidad.

Sólo después de considerada la necesaria limitación de cada personalidad humana podemos determinar en ella valores parciales: especulativo, o literario u otra cosa.

II

El núcleo de cada personalidad estriba en su actitud frente a la vida en general. Una gran personalidad es la de aquel que vive desde la raíz su problema religioso, es decir, el problema de sus relaciones con el Infinito. Digo problema religioso, y no digo fé religiosa, no para excluir que el problema religioso se pueda resolver y apaciguar en una fé, sino para afirmar que no se puede alcanzar una fé, o no se la puede confirmar, sino por medio del problema, del interrogativo y de la meditación personal.

En este sentido es determinante en la valoración de las personalidades el atributo de la originalidad. No quiero decir que una personalidad sea más grande a medida que más se contrapone a su tiempo o a otras personalidades. El romanticismo, que afirmó el valor de la originalidad, llegó a su decadencia cuando los hombres, que siempre quieren encontrar un atajo para llegar a grandes, pensaron en la originalidad como en algo que se puede producir artificialmente, sin sufrir en sí mismo el problema radical de la vida, lo que sólo pueden hacer los que no desean ni la originali-

dad, ni la gloria, ni la poesía, sino algo más profundo y necesario: conocer su destino.

Los que buscan la originalidad son los que imitan a los originales, y su originalidad, como toda imitación, es algo exterior y falso. A estos les interesa más decir algo nuevo que algo eterno. A los otros no interesa descubrir ellos mismos la verdad, sino que les interesa la verdad, dondequiera que se halle. Por esto puede haber originalidad también en los discípulos. Por esto decir que Dante es discípulo de Santo Tomás no quiere decir que Dante no es original.

Pero hay que reconocer que Dante admite la concepción católica de la vida más bien en la actitud del que aprende que en la actitud del que piensa por sí mismo. Desde luego hay en su catolicismo valoraciones personales de unos aspectos fundamentales del edificio teológico. Dante reflexionó mucho acerca del destino político de la humanidad, y nos dió una doctrina política que, aunque adolece un poco de falta de sentido de la realidad, es profunda y original. Pero falta algo en él para que podamos decir que vivió el problema de la vida en toda su profundidad. Falta en él lo que podríamos llamar una «inquietud metafísica». Dante no ve nunca su mundo, ni a sí mismo tampoco, desde fuera, irónicamente.

En el segundo canto del «Infierno» el poeta habla de su desconfianza y sus miedos frente al viaje que Virgilio le había propuesto, pero este rasgo de acertada psicología no llega a uno de aquellos extravíos profundos que después de vencidos engendran una fé más esencial y más íntima.

Dante era hombre de fé sin cansancios y sin crisis. En él no caben perplejidades esenciales. Para él hay sólo la verdad solar y el error monstruoso. Todo adquiere en su mente el carácter de dogma: también sus ideas filosóficas, políticas y literarias. No puede comprender ideas que no pertenecen a su mundo.

Las célebres palabras con las que Ulises anima a sus viejos compañeros antes del último viaje

considerárate la vostra semenza,
nati non foste a viver come bruti
ma per seguir virtute e conoscenza

poéticamente son un acierto, pero no se pueden acomodar a la vida intelectual del poeta. Para Dante todo ha sido descubierto: sólo hay que aprender. Podríamos hablar de un iluminismo dantesco.

Esta misma limitación la encontramos en el mundo social de Dante. La humanidad de la «Divina Comedia», a pesar de ser inmensa, es tan sólo la humanidad del ambiente en el cual Dante vivía. Sus personajes tienen todos nombre y apellido. Él no salió de su mundo para reflexionar sobre el sino de millones de seres que pasan desconocidos sobre la tierra. Su antepasado Cacciaguida, a quien Dante encuentra en el «Paradiso» le dice que le son mostradas sólo las ánimas de hombres conocidos, porque nadie se fija en los ejemplos de hombres desconocidos.

Desde luego la ausencia de los desconocidos en la «Divina Comedia» no se puede explicar con este pensamiento tan raro; la verdad es que Dante no sentía los sufrimientos de los pobres. Él habla de «decimas, qui ae sunt pauperum Rei», pero para él los pobres no son sino un recurso de su polémica contra el clero simoníaco.

No hay en él el sentimiento del dicho evangélico: «los últimos serán los primeros». El reino de los cielos de Dante no pertenece a los pobres.

III

He marcado los límites del espíritu de Dante, he intentado decir lo que Dante no es.

Creo que es difícil reducir aún más las proporciones de la personalidad de Dante sin cometer una injusticia. Quizá haya antes en lo que dije demasiada severidad. Quizá la sensibilidad extremadamente crítica y problemática de un italiano moderno, no sea la

mejor predisposición para comprender a Dante. Desde luego, con excepción de la idealización de la mujer, que dejó una larga herencia en el espíritu italiano, Dante tiene poco específicamente italiano. Entre él y la Italia moderna hay el Renacimiento, acontecimiento determinante en la historia del espíritu italiano.

Pues no será una simpatía personal, sino una constatación reflexionada lo que inspirará mi examen de lo que Dante «es». Y si hay en lo que diré algún superlativo, siendo yo enemigo de los superlativos, habrá que atribuirlo a un reconocimiento meditado.

Dijimos que el mundo espiritual de Dante es cerrado, limitado. Pero este mundo Dante lo vivió con una intensidad sin par.

No hubo ciencia de su tiempo que él no haya estudiado con avidez. Acudió a la escuela de filosofía de los dominicos en Florencia, se entusiasmó por los poetas de Bolonia, olvidó los cansancios de la vida en la música del «ars nova» florentina, elaboró una filosofía política, inició la doctrina de la lengua italiana, reflexionó sobre los problemas de física y de astronomía.

No hubo pasión de su tiempo que él no viviera: después del amor angelical para Beatriz se dió a la vida desordenada con Forese Donati; alternó el impulso guerrero y el odio político con desesperadas melancolías y deseos de paz.

Cuando, después del destierro, nos habla de su patria perdida, su cariño varonil, mezcla de nostalgia y de altivez, tiene que enternecernos. Aguantó con soberana dignidad su indignancia, consideró una honra su destierro, y así se volvió el prototipo de todos los que sufren por su ideal. Dante es el eterno derrotado y el eterno descontento.

Dijimos que Dante no supo ver desde fuera su tiempo. Pero esto no significa que Dante estuviese satisfecho de su tiempo. Al revés. El anhelo de perfección que él no supo expresar en una profunda meditación filosófica, fué derribada por él en el deseo de un mundo que respondiese a las ideas recibidas.

Su amarga experiencia de la vida, no le impide codiciar un orden cuya realización le parece inminente. Después, los desengaños

repétidos le arrojan a la soledad y a la melancolía. Dice un cuento antiguo, que está entre la historia y la leyenda, que el poeta fué sorprendido un día solo y pensativo, cerca de un convento. Un monje que le vió le preguntó qué quería. Dante respondió solamente una palabra: «Paz», y se alejó.

Como no encontraba en su tiempo esta paz, es decir, esta armonía, Dante la ponía en el pasado.

La Florencia que él quería era la Florencia de antaño, «Florencia dentro della cerchia antica», una ciudad de fabulosa austeridad y de íntima poesía.

Para el presente Dante no tiene sino reprensiones. Se podría hacer una «geografía del enojo de Dante», y se vería que ni una ciudad de Italia, ni un pueblo de Europa se ve libre del enfado del poeta.

El presente le humillaba y él quería vengarse. El creía inmutablemente en su ideal. Si éste no podía realizarse sobre la tierra, se realizaría sin duda en el otro mundo. Entonces se abismó en la contemplación de la Ultratumba. Aquí está su mundo. Aquí la jerarquía de los valores se restauraba según la justicia. Desde las alturas de lo eterno, las cosas de esta vida aparecen en su mezquindad. El poeta ve su vanidad, primero con un poco de tristeza, en el episodio de Oderisi da Gubbio. Después, en el «Paradiso», con una sublime ironía. Desde lo alto de los cielos, dice Dante,

Col viso ritornai per tutte quante
le sette sphere, e vidi questo globo
Ta!, ch'io Sorrisi del suo vil sembiante.

El cielo es la realidad: «praeterit enim figura huius mundi». Esta es la venganza de Dante. Así su derrota se vuelve victoria.

IV

Los rasgos que acabamos de representar en la personalidad de Dante no se alejan substancialmente de lo que en general se apun-

ta en ella. Los más célebres episodios del poema, la damnación de los perezosos, Filippo Argenti, Farinata, la invectiva contra Italia por sus discordias, las profecías del destierro y la noble actitud de Dante frente a ellas, constituyen la base de todo análisis de la personalidad de Dante y su sentido es único.

En general hay que esquivar la tentación de decir lo contrario del lugar común, lo que sería una manera más de ser víctima de él. Superar de verdad el lugar común, significa juzgarlo serenamente, admitiéndolo o rehusándolo, total o parcialmente, conforme a las circunstancias. Antes bien, en conjunto se puede decir que el lugar común casi siempre tiene un principio de verdad, faltando el cual difícilmente se habría establecido. Pero desde luego el lugar común es simplista y superficial. Con sus fórmulas mnemotécnicas empobrece la realidad y la vuelve esquema.

En la realidad hay contradicciones y gradaciones que no se pueden confiar al lugar común. Podemos vislumbrar, en la «Divina Comedia», a un Dante medroso como un niño, muy lejano de la seguridad de los episodios de Filippo Argenti y de Farinata. Y muy a menudo encontramos un Dante callado y meditativo, en esos intervalos entre los episodios, donde el alma se recoge en su intimidad, casi meciéndose en dulce cansancio. Parece en estos trozos que la acción ha sido tan sólo un medio para poner de relieve un silencio lleno de sentimientos. Como pasa en cierta música, en estos mismos momentos en los que no ocurre nada, llegamos a veces a la más íntima esencia del alma de Dante. Sin embargo, estos pasajes son los menos conocidos del poema, ya que su poesía es una poesía como de atmósfera, que exige el conocimiento de todas las reticencias y de todas las resonancias. Así la poesía de la montaña está a veces en sus pliegues escondidos, ya obscuras y retumbantes por torrentes, ya sorprendentemente agasajantes en una cierta sombra húmeda y callada.

Que este sea un aspecto constitutivo del carácter de Dante, aún más originario que la altivez medieval, puede comprenderlo quien conoce la «Vita Nova». En esta obrita juvenil, el primer

cuento intimista de las literaturas modernas, el amor del poeta no es pasión, sino ritmo, melancolía, añoranza de la hermosura hechicera y caduca. Nada despide el aroma delicado y, sin embargo, penetrativo de esta poesía, sino la pintura de los trecentistas italianos; pero descubrimos en ella también una inesperada hermandad entre Dante y Petrarca.

V

El estudio de la personalidad de Dante nos llevó de antemano al análisis de su arte. En efecto sólo en éste Dante expresó cumplidamente su personalidad y de él se puede repetir lo que dijimos de su personalidad.

En general se dice que el arte de Dante es icástico, es decir, alcanza a individualizar con pocos rasgos esenciales un personaje o un hecho; de manera que éstos se presentan vivientes a nuestra fantasía. Tal juicio es exacto, y explica como el poema de Dante, que habla de una cantidad innumerable de personajes y de acontecimientos, y además de casi todos los problemas teológicos, filosóficos, científicos, políticos y literarios que a la sazón se debatían, puede caber en el límite relativamente pequeño de trece mil versos. El verso de Dante es un instrumento eficaz y penetrativo. Muy a menudo Dante junta en sus versos la significación lógica y el valor musical de manera indisoluble. Imágenes nuevas y atrevidas son expresadas con una exactitud creadora. La difícilísima combinación estrófica que él escogió, casi nunca perjudica la naturalidad del pensamiento, a causa de la facilidad con que Dante acuña palabras nuevas.

Al revés, la ruina es a menudo una clase de exponente del sentimiento que el poeta quiere expresar. Así Dante pudo crear figuras inmortales de poesía con poquísimos versos; siete versos consagró a Pía de Tolomei; quince a Romeo di Villanova. Por estas cualidades los versos de Dante, herederos de la fuerza epigramáti-

ca de la lengua latina, constituyen muchos de esos lemas con los que acostumbramos a sintetizar nuestros ideales.

Sin embargo esa icasticidad no impide a Dante recoger todo cariz íntimo, toda vibración musical. Su palabra es siempre exacta, pero no importunamente enérgica. El endecasílabo, que el poeta dobla a la vigorosa vulgaridad del lenguaje de los personajes del «Inferno», donde con poquísimos episodios alcanza la perfección del arte picaresco y del trágico, llega también a expresar las sonrisas y los suspiros de las mujeres del «Paradiso». Es decir, la icasticidad del arte dantesco no es una «manera» ni una zona del sentimiento, sino que se identifica con aquella evidencia y esencialidad de la visión, que es la característica de toda poesía. El verdadero poeta ve y entiende con evidencia también lo que por su naturaleza es borroso. El prodigio de la poesía estriba especialmente en esto, en que la poesía expresa definitiva e insustituiblemente hasta los estados de ánimo borrosos y fluídos, y también actividades del espíritu en los que la resonancia del sentimiento es apenas perceptible.

Mejor podríamos comprender esta multiplicidad de la poesía y de la personalidad de Dante si intentásemos definir el valor poético de la estructura de la «Divina Comedia». La crítica que tiende a reducir el poema a una serie de poesías sueltas puede conseguir las simpatías del lector apresurado, pero nunca llegará a comprender en su cumplida vida poética esas partes que constituyen para ella «la poesía de Dante», ya que casi todos los episodios son imaginados por Dante en un ambiente psicológico y en un paisaje. El lector que lee lo de Gerí del Bello, condenado en el «Inferno» entre los que causaron discordias, y a quien Virgilio ve, como dice a Dante,

a pié del ponticello
mostrarti e minacciar forte col dito

no puede comprender la plenitud poética de este ademán cuando no lo coloque en la atmósfera de tinieblas, de gritos y de desesperación.

ración que él mismo construyó poco a poco, al seguir al poeta en su peregrinación.

Desde luego aquí no se puede estudiar detenidamente el ambiente poético de los tres cánticos; sin embargo hay que manifestar que sólo ese exámen podría permitirnos columbrar la potencia del arte de Dante.

Los conceptos de Infierno, Purgatorio y Paraíso, sobre los que Dante reflexionó con exactitud de teólogo e intensidad de creyente, no permanecieron siendo para él unas abstracciones lógicas, sino que se volvieron concretas situaciones psicológicas, en las que viven los personajes. Hay sin duda episodios cuya introducción en el poema es un hecho incidental, y que por eso se pueden leer también aislados. Pero la mayoría de las creaciones poéticas de Dante no se comprende cumplidamente sin entender como Dante imaginó los tres estados de ánimo fundamentales.

Parece mentira que, después de imaginado el mundo de la desesperación y de las tinieblas, Dante pueda trocarse con cumplido ensimismamiento en el poeta de esa dulce melancolía y de esa delicada caridad en las que Dante concretó su «Purgatorio». Sin embargo este mundo de almas humildes, conformes, esta humanidad de temple dulcemente femenino vive en la vicisitud de las albas y de los ocasos no menos verdaderamente que la otra, trágicamente apasionada en el infierno de su intolerante virilidad.

Y tampoco el «Paradiso», con ser su concepto el más arduo y abstracto de la teología católica, con ser el postulado de una experiencia completamente distinta de la del hombre militante, carece de una concreción suya, que estríba en una progresión de luz, de canto y de movimiento, expresión de la embriaguez intelectual que da la verdad revelándose y de ese sentimiento de la vida creciente que constituye toda felicidad.

El «Paradiso» acaso no sea la poesía más acertada de Dante, pero sí el más atrevido intento de la fantasía humana. Bastante a menudo hay que reconocer que Dante no logra transformar su intención en representación. Pero donde llega a expresar sus concep-

ciones crea algo único y realiza su más profunda humanidad; ya que si reparamos en este desterrado prematuramente anciano, que en las soledades de Ravenia, de una de esas «ciudades del silencio» tan propicias a las meditaciones que abarcan la eternidad, intenta olvidar sus decepciones y sus derrotas y naufragar en este mar de luces y de gozos que su fé y su poesía le abrían, tenemos que reconocer en él una de las más altas expresiones del dolor y de la esperanza.